

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Segunda época

Año 2/ N° 6

Octubre

1998

Rosario



Ilustración: Javier Hernández

JAVIER HERNÁNDEZ

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Pámulas Argentinas

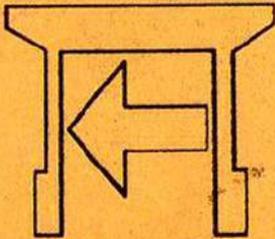
\$1



barlin

café bar de la cortada
pje. zabala 1128 / rosario

EL PASILLO



FOTOCOPIAS

ESTUDIANTES 0,05

**COPIAS COLOR
AMPLIACIONES
REDUCCIONES
ABONOS**

**ENTRE RIOS 785
2000 - ROSARIO**



RECORTA MINUTA
Rosario - Argentina

Córdoba 754 - L. 10 - P.B. Pasaje Pam

Viajeros de la UnderWood



Publicación
de narrativa y poesía
con intención bimestral.
Año 2/ N° 6 - Rosario 09/98

Editores: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez

Colaboradores: M. Valenti, S. Crosetti, D. Boglione,
P. Roldán, A. Schmidt, J. Sinópoli,
E. D'Anna, L. Anderson, W. Yeats.

Diseño: Diego G. Martínez.

Ilustraciones: Javier Hernández, Esteban Tolj,
Germán Gago, Cristian Andrioli.

Publicidad: Mercedes Gómez, Pablo Solomonoff.

Ventas: Cecilia "Pitu" Di Paolo.

Mensajes: Ma. P. Alzugaray, Lisandro González

Redacción: J.M. de Rosas 929, 10° "C",
tel: (041)488864.- Rosario.

Correo electrónico: dim26@yahoo.com

Director y Propietario: Pablo J. Solomonoff.

RNPI N° 894500

Imprenta: Multicoplas

ACLARACION DE LOS EDITORES

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Once años barnizados

Pablo Crash Solomonoff

William subió al tercer piso. Se subió a la mesa de aquel tercer piso y se subió a la madre sentada a la mesa barnizada de aquel tercer piso y entonces vomitó.

Once años después sintió un pequeño dolor en la segunda falange del anular de la mano derecha para descubrir que la madre -hacía de esto tal vez unos siete años- le estaba mordiendo la mano para evitar que él vomitárase impunemente sobre ella.

Once años atrás, cuando el pequeño Guillermito Spurtraccione se acicalaba los pañales nuevos para tomar el ascensor que lo llevaría hasta la cabeza de la madre sobre la mesa del tercer piso barnizada, Billy pensó en todos los motivos pertinentes para tomar aquel barnizado ascensor y subirse a aquel barnizado tercer piso para subirse a aquella madre barnizada sobre la mesa y vomitársele impunemente sobre ella.

Pero no fue sino hasta pasados los setenta que don Guido Spurtralinsky recordó el motivo por el cual, acicalándose los pañalotes para ancianos, recordó la razón por la cual, se había subido al tercer piso del ascensor barnizado para subirse luego a la mesa barnizada sobre la madre vomitada para entonces, sólo recién entonces, barnizar.

Y no pudo eludir el recuerdo de los hechos subsiguientes, el paso de los años vomitando y el subsiguiente dolor en la segunda falange del dedo anular de la pierna derecha. Once años barnizados vomitando. Siete años de dolor en la falange del vomitado anular de la nalga derecha arriba de la madre del tercer piso del ascensor de la mesa. Once menos siete, tres años de vomitar barniz son dolor. Once menos tres son siete años que tardó en secar el barniz. Once por tres ciento siete vomitadas por minuto. Setenta y siete ocasiones para Guillaume Spurtrachescu de tomar el vómito barnizado del tercer piso para subirse a la mesa del ascensor del anular de la teta derecha de quella madre que por suerte no era la suya. Pero ¡qué fuerte mordía! ...



Un día con el cíclope

Marcelo Juan Valenti

Desperté junto al cíclope. Suspiré. Otra noche sin ser devorado... La entrada de la caverna dejaba pasar la luz de la mañana isleña.

Un nuevo día. Una nueva marca que iba a trazar con un hueso en la pared de piedra.

Me quedé pensando en nada, hasta que Redshir apoyó una mano en mi hombro y me sacudió. Nos sonreímos. En mi piel quedó un recuerdo negro de sus cinco dedos. Redshir estaba embardunado de cenizas. La hoguera había ardido toda la noche.

El monstruo come carne cruda. Ahora roncaba. Dormido no parecía tan grande. Sin embargo tenía casi el doble de mi altura.

Redshir y yo salimos de la cueva. Para desentumecernos corrimos por el camino abierto en medio de la densidad verde.

Llegamos riendo a la playa, donde pasamos todo el día. Nos bañamos, comemos alguna fruta, nos enterramos en la arena. Con el paso de los meses el sol nos ha puesto dorados.

El cíclope no se despierta hasta el mediodía. Rara vez nos visita. Prefiere la selva. Caza animales, deja sus pisadas enormes en el barro, tritura árboles para abrirse paso, camina todo el día.

Viene a buscarnos al atardecer con hojas enredadas en el pelo. En la cueva nos esperan los animales recién cazados, la madera para el fuego, un manojo de flores gigantescas que se evaporan antes del amanecer. Encendemos el fuego, comemos en silencio, el monstruo algo apartado de nosotros porque sabe que nos asquea verlo triturar carne sangrienta. Redshir y yo jugamos con los huesitos sobrantes de nuestra cena. Inventamos reglas para un juego donde ninguno pierde. Después del tercer quejido somnoliento del cíclope dejamos todo y nos vamos a dormir.

Y así termina otro día.

Ocurre que con el tiempo nos vamos acostumbrando a la mandíbula ensangrentada del monstruo. Creemos que algún día comerá junto a nosotros. A la vez él se muestra más interesado por nuestro jugueteo con los huesos. Es posible que nos atrevamos a bautizarlo. El dejaría de ser el monstruo o el cíclope y se transformaría en Setbah, Ocumm, Leteiénakom o algún otro nombre adecuado.

Y lo que es más importante, el miedo a que nos devore durante la noche, se diluye otro poco con cada nuevo amanecer.



Perdidos en el espacio

Silvina Crosetti

Me puse cuerpo a tierra para que el pavimento me protegiera de la captura. No me moverían de allí. Estaba pegado para siempre al piso mirando la arenilla gris que ahora era mi comunidad. No más hombres ni historias de hombres. El pavimento y yo, que no había hecho nada malo.

Los autos no reconocían a las personas. Algunas noches los veía atropellarme para apostarse en las esquinas del centro. Una tarde tu cara sonriente se posó sobre el horizonte en tamaño technicolor y ya no seguí abrazando a aquella chica rumbo al cine. De ahora en más caminaría solo, armado de una linterna que con un débil y brillante hilo de luz señalase mi senda en la oscuridad. Soy un ángel vulnerable guiando entre la lluvia. Había regresado de aquel viaje largo como se retorna de una dolorosa revelación. Contra todos mis cálculos no pude librarme de tu amor. Reemplazaría los esfuerzos mentales por una suerte de divagación sin exigencias: el dolor tenía que expandirse, de lo contrario jamás te olvidaría.

En la mesa contigua eran tan simpáticos que ni siquiera parecían policías. Se acercaban el tenedor a los labios con una soltura inusitada, enseñando los dientes blancos listos para hincar en cualquier bocado digno de sus expectativas. Se acercaban los tenedores sonriendo y sus ojos tomaban las direcciones más opuestas. Almorcé sin apuro. Me veía atravesar la puerta no sin un ligero temblequeo en las rodillas, apretando el pesado picaporte primero con una mano y luego con las dos y empujando con fuerza hacia la calle, mientras la boca del estómago se me contraía.

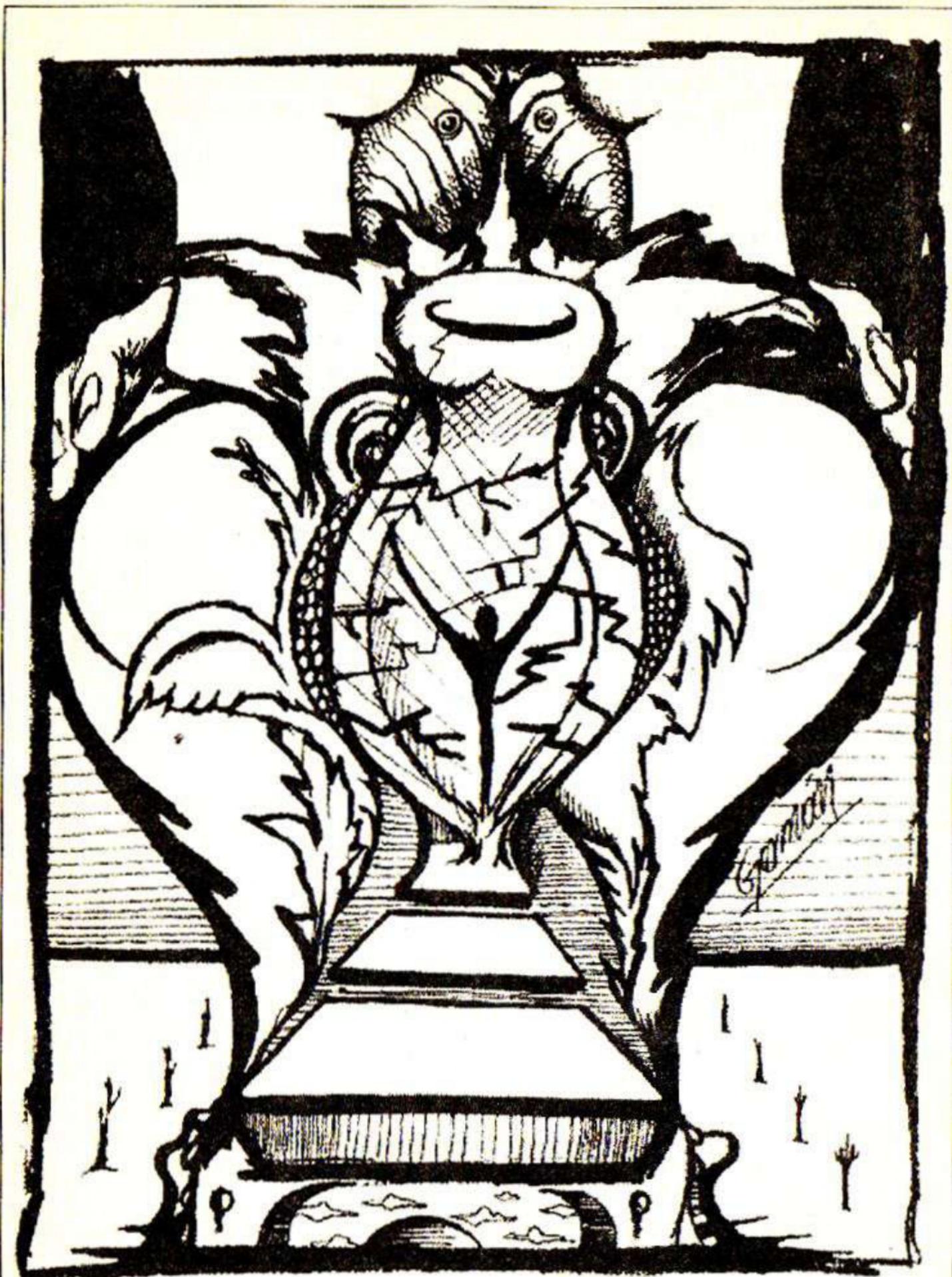
En la peluquería eran tan amables que ni siquiera parecían. Me cortaron el pelo rápida y prolijamente cuando comentábamos las últimas noticias.

La ciudad estaba poblada de mueblerías con estilo. Esto era muy particular aquí y hasta podía tomarse como rasgo distintivo para agregar al folleto de atracciones turísticas sin cargo. Si decidía quedarme mandaría a traer los muebles desde el otro lado del río. Camas doradas a la laca, bocas de perro vomitando clavelinas de plástico y tu cara de fondo.

En los baños de los bares veía cestos de residuos con stickers explicando sus bondades, "cesto con pedal arroja residuos" más foto explicativa, tu pierna accionando pedal arroja residuos.

Miraba la arenilla gris y hubiera querido aterrizar en la luna para arrancarle a la ciudad la maraña de secretos que te disfrazaban, aunque no fuesen más que anuncios enloquecedores.





Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Ilustración: German Gago

Tomo la ruta

Diego G. Martínez

Un cambio más. No puedo evitar la comparación, cambiar la marcha en la palanca de cambio. En quinta acelero hasta 140 y miro el final de este camino. Nadie en el camino. Comienza un nuevo tema en el pasa cassettes, es uno de los mejores acompañantes que puedo pedir.

La llanura de mi región se interna en la pupila para no irse más, ya estoy impaciente por ver las montañas.

Aquella psicóloga que solía visitar podría empezar a hablar por horas, diciéndome que huir dejando todo atrás no es una solución, es más bien una negación. ¿Qué tanto puede saber ella? ¡Seguro que es una negación! Tomar el auto, empacar un par de prendas, mi preciada música y todo el dinero que tengo para escapar de la ciudad es justamente eso, un escape. ¡Ah!, quisiera verla a ella en esta situación... ¿cuánto le duraría el análisis? Cualquiera se daría cuenta de eso, el punto acá es vivirlo, atravesarlo. Pero tampoco es para tanto. Ya voy a volver, algún día voy a volver. Simplemente necesito ver la montaña, tocarla, pisarla, olerla, dormir sobre ella. Escalarla.

Las primeras estrellas aparecen a mi espalda; de frente veo entrar al sol en el mundo, como un embrión que busca refugio estelar. No voy a poder seguir de noche mucho más, el sueño me patea la cabeza y los músculos de los brazos exigen una tregua. Este camino no es de fiar pero no queda otra; voy a estacionar en la próxima estación de servicio que encuentre -siempre y cuando encuentre un pueblo-, y dormiré en el estacionamiento. No hace frío.

Aparece un poblado muy pequeño. Bajo la velocidad considerablemente para poder estudiar las características del lugar. Qué ridículo, como si no supiera que son todos iguales... La misma ruta es la Av. Principal; junto a ésta están las vías del ferrocarril, un monstruo fosilizado. Ambas dividen al pueblo en dos, dando la firme sensación de una bisagra geográfica de asfalto, hierro, luces, carne y huesos.

Son pasadas las 10 de la noche, es hora de comer algo rápido. Estaciono frente al primer bodegón que veo. Una casa vieja, grande, con ventanas inmensas, luces blancas de tubos fluorescentes, con el nombre "Sol-Mar".

Cuando abro la puerta y entro, cuento seis personas, más el hombre

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

cincuentón y una muchacha de unos treinta. Un silencio imperceptible. Con un movimiento de cabeza saludo a las caras que miran. Se reanudan los sonidos.

Luego de comer algo, acepto la habitación que me ofrecen por una suma aceptable. Es ella quien me acompaña, mostrándome el cuarto y el baño, rozando mi camisa con su codo, agachándose sobre la cama, extendiendo el acolchado. Alterada delicadamente. Disfruto el despliegue de su artillería sensual. Lo excitante es el absoluto mutismo, el calmo y silente interés en sentir el cuerpo de alguien que desconoce. En el momento en que está retirándose le pregunto si puede pasar más tarde, como a las 12, para alcanzarme una botella de vino. Sí, seguro, me responde mirándome a los ojos.

A las 12 y 10 estamos revolcándonos en la cama; me enamora su olor a café, miel y naranja. Ni una palabra. No hacen falta. Me besa como si me conociera, recorriendo mi cuello con la lengua, haciendo presión sobre los hombros tensionados con toda la boca; eso me relaja muchísimo, y comienzo a transportarme, como siempre me sucede cuando hago el amor, cayendo en trance con los ojos cerrados, mudando nuestros cuerpos a otras texturas, a campos de flores, como si proyectáramos diapositivas sobre la piel, pero desde dentro. Gozando en cada célula mía. Siento que nos conocemos, que hubo un momento desconocido en mi historia en el que nos amamos con una pasión descontrolada. Que nos amamos, que fue pasional. Maravilloso y terrible a la vez. En un momento me sorprende pensando todo esto, y me entrego a disfrutar.

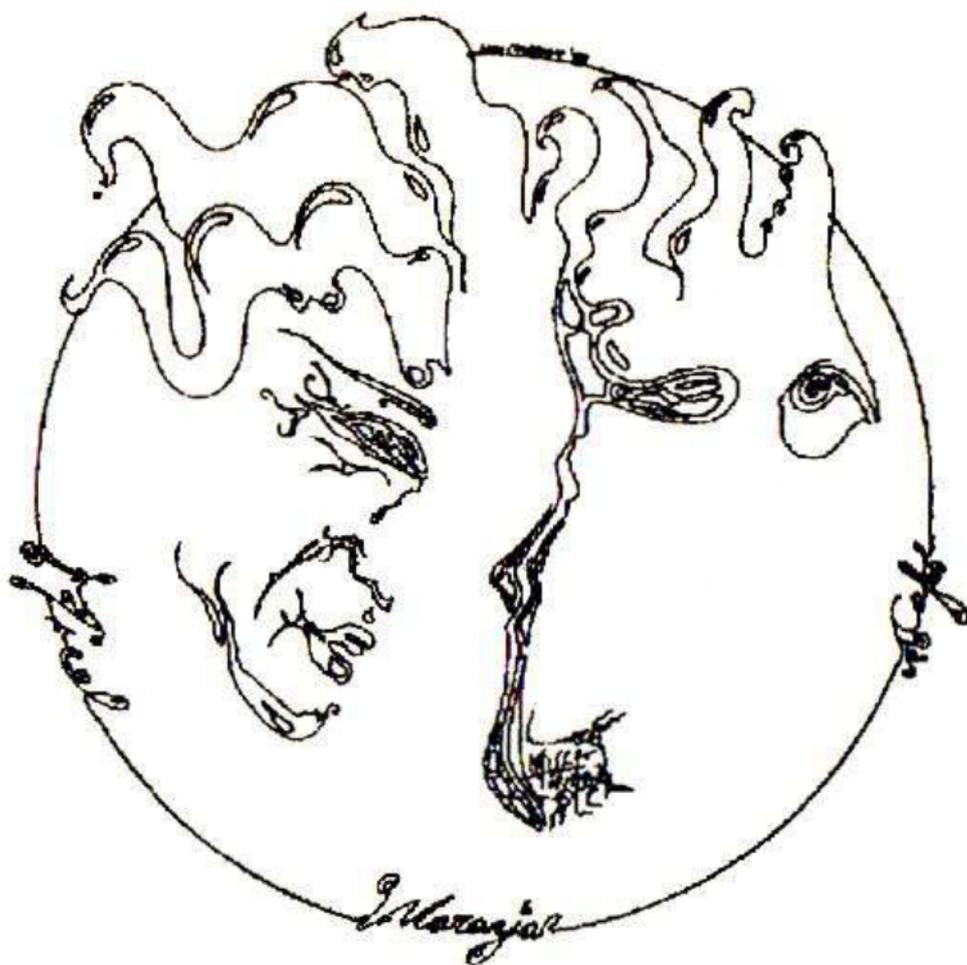
Luego de un tiempo inmensurable y enloquecedor, culminamos.

Ahora vuelve el ruido de los grillos, tal como si hubiera estado suspendido durante horas. Ahora vuelve el color aceitunado de su piel, sobre mi pecho se reflejan algunas luces que se filtran por la ventana que da a la calle, en este segundo piso moribundo. Ella enciende un cigarrillo, que enrojece su rostro a intervalos. Yo cierro los ojos, sin pensarlo me duermo.

No sé qué es lo que esa noche soñé.

Me despierto cerca del mediodía. Hinchado cual sapo. Pago el cuarto en la barra del bar al hombre cincuentón, me despido y tomo la ruta.

Nuevamente campos verdes y amarillos, postes de luz intermitentes, camiones como tortugas, asfalto, sol sempiterno y la música en mi auto. Pero la apago. Estoy pensando en ella; no la vi al



irme, tampoco la busqué. Escapé. O me fui.

Abro la ventanilla, el aire alborotado sacude mi cabello, flameando. Es en ese mismo aire que encuentro el café, la miel, la naranja.

Decido regresar. Me digo que es inútil, ¿para qué?, es otra locura. ¿Y qué pasa con la montaña?, ¿adónde quedó el proyecto de ir en busca de la montaña?, ¿no era tan importante para mí, como un punto de llegada para después retornar a lo inevitable? La montaña puede esperar, no se va a ir, siempre puedo encontrarla. Me alejé 50 kms. que ahora debo desandar, ¿por qué no lo pensé antes?

Desconecto los pensamientos de mis movimientos, y mientras sigo preguntándome para qué, giro en U y vuelvo.

Entrando en el pueblo descubro algunas cosas que antes no había notado. Un cartel muy grande de bienvenida, que al pasar y girar mi cabeza se transforma en uno de despedida para los que se van. Al irme no estaba... Los árboles de la Av. Principal están podados prolijamente, no salvajes como unas horas antes. Recuerdo el estado en que me fui: semidormido, despreocupado, pensando en la ruta. Quizá estaba en otra cosa y no me fijé bien. Llegando al bar recapacito sobre el color de la fachada. Esa mañana era rosa, definitivamente; ahora, en cambio, está

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

de color azul petróleo y los marcos de puertas y ventanas en blanco. No puedo evitar la sorpresa. Estaciono el auto y me bajo. Son las 3 de la tarde. Pienso en ella, en qué decirle, en sonreírle. Tal vez deba primero saber qué tengo para decirle. Y otra vez me pregunto qué es lo que estoy haciendo ahí.

Entro al salón con luz de siesta. No hay nadie a esa hora. Todo ha cambiado: los muebles, la disposición de las cosas, los colores.

Detrás del mostrador está ella, con el cabello encanecido, arrugas marcadas en su rostro ahora maduro. No logro entenderlo; con mi rostro contracturado me acerco a ella, inmóvil del otro lado. No decimos palabra, continuando con esa característica que nos signa. En sus ojos comienzan a aglomerarse las lágrimas, sus labios envejecidos titubean. Te esperé, mucho, quiebra su voz. Las lágrimas siguen el camino natural de las arrugas en su rostro, como en un complicado mapa de vías ferroviarias.

No entiendo que pasa. Pero sé qué hacer. Agarro sus manos, sobre el mostrador, el nudo en mi garganta insoportable, su aroma a café, miel y naranja intacto. Voy a volver, logro decir.

Salgo apresurado hacia la calle. Me subo al coche y acelero con ansiedad. Quiero volver cuanto antes a la ciudad, enfrentar el caso de fraude que no me corresponde, entregarme a lo que sea necesario; si las cosas juegan en contra, pasar por la cárcel lo antes posible y volver lo antes posible por ella. Cuando vuelva todo estará bien. Lo sé. Viviré de un lado de la bisagra. Con ella. Todo estará bien. Lo sé.

La ruta se me hace purificadora, un camino de expiación. En 5 horas estaré en la ciudad.



Locos del aire

Escuchá nuestro "Micro Viajero"
los martes y jueves alrededor de las 22.30
en el programa "El canto del Viento"
(de lunes a viernes de 22 a 00 hs.)

F.M. Río 96.9



Pueblo chico

Daniel Boglione

- Sí, siéntese nomás. Ya lo atiendo, señor. Como verá, a esta hora de la noche es el único cliente. Un momento... los cubiertos, vaso, un buen pan casero... listo. ¿Que qué le recomiendo? Bueno, amigo, mi mujer es conocida por estos lados como maestra en la carne al horno con una salsa inventada por ella. Y tengo un vinazo negro como yo y fuerte como patada de caballo. ¿Le parece bien? Bien, bien... acomódese que ya vuelvo.

- ¿Le gusta el vinito? ¡Ja! Fuerte, ¿vió? Se siente raspar en la garganta y después patear todos los huesos. ¿Si lo quiero acompañar? Como no. A esta hora, cerca de las doce de la noche, la gente del pueblo afloja y se va para las casas. Sí, gracias, pero vino no; si la doña me ve chupando me mata. Mientras haya un cliente no debo. Tome usted nomás, tranquilo.

- Ahí viene su carne. Sienta ese olor. Yo ya comí pero igual me dan ganas de seguir. Aquí, querida, dejalo que el señor se sirva como quiera. ¿Y? Sí, es muy buena mi mujer con las salsas.

- Buen, no lo molesto más... ¿Que me quede, no gusta comer solo? Pero cómo no, mientras no me vuelva un pesado. ¿Cómo dicen en la tevé? Un plomo, eso. Veo como saborea la salsa, pica, ¿no es cierto? ¡Ja!, esta mujer mía sabe lo que hace.

- ¿Así que le gusta el pueblo? Ah, el pueblo no sino sus cuentos, su vida. ¿Alguna historia? Buen... habrá notado que no somos muchos, apenas unas cuarenta familias, no hay muchas historias apasionantes. ¿Así que le asombró el aspecto de progreso? ¿Que somos prósperos? Gracias, pero pasa por otro lado: nos rompemos el lomo todos y cada uno para no dejarlo caer. Lo queremos mucho, ¿sabe? ¿Que se lo cuente? Se lo cuento.

- A este pueblo lo jodieron dos veces: la primera cuando un grupo de políticos decidió (hubo guita de por medio y mucha, lo juro) no incluirlo dentro de la zona de parque nacional; ahí perdimos mucha gente al irse más al norte y al oeste. La segunda cuando nos cagaron el paso de la ruta, nos dejaron a un costado, éramos poca cosa, y quedamos lejos de todo. Ahora viene un ómnibus tres veces por semana, el tren desapareció y pasa un auto como el de usted cada dos o tres días de

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

casualidad, como perdido.

- Ah, ¿así que usted pasó a propósito rumbo al norte por acá, para evitar la ruta y los peajes? Mire qué bien. Buen, le sigo contando, coma tranquilo, ¿le sirvo un poco más de vino? Como le decía: quedamos pocos, casi todos somos hijos y nietos de los hacheros venidos en los años diez y veintes, algún almacenero, la maestra, dos mecánicos sin trabajo en ese momento. En fin, un montón de gente sin saber que hacer. Estábamos desesperados.

- Sí, ya sigo. Disculpe que me distraje, pero mi mujer siempre se pone a escuchar cuando cuento esta historia y eso que la ha escuchado mil veces. Buen, tantas no, pero unas cien sí.

- ¿Le decía...? Ah, que estábamos como locos. ¿Qué hacer? Una

Ilustración: Cristian Andrioli



noche, hace unos diez años más o menos, nos reunimos todos en el galpón de ramos generales. Todos fuimos, hasta los chicos de teta y los que andaban gateando también. Era por la vida del pueblo, ¿entiende?, todos fuimos y discutimos durante horas. La solución la dio el viejo Aparicio, un hombre de mucha lectura y memoria larga. Primero nos asustamos, pero las mujeres nos abrieron los ojos: ¿si todos nos habían hecho a un lado para dejarnos morir, por qué no devolver los golpes? Era cuestión de vivir, no de morir. Al principio lo hicimos mal, con miedo, pero según pasaron los años tomamos confianza y ahora lo hacemos bien, pero muy bien. Sí, mi mujer se ríe. Ella fue una de las que tuvo las agallas. ¿Cómo, querida? Sí, creo que sería mejor llamar a los muchachos.

- ¿Cómo dijo? ¿Mi reloj? Sí, es un Rolex. Lo tengo hace dos años y pico. Perdón, hable un poco más claro, no lo entiendo bien. ¿Que qué decidimos? Ah, sí. Buen... verá... esperamos el paso de algún turista o viajante no muy conocido o cualquiera desviado de la ruta nacional o alguno perdido en las rutas del monte. Todos vienen a tomar algo acá, después de pasar por la estación de servicio, o comen, como usted. Le sacamos todo: quemamos las tarjetas de crédito, los documentos, nos repartimos la ropa y las cosas que no conviene vender, los autos los vendemos al otro lado de la frontera, la plata va al fondo común del pueblo.

- ¡Eh, amigo! Abra los ojos, no terminé el cuento. ¿Me escucha? Claro, sino no trataría de pararse, pero es inútil. La salsa tenía tanto veneno como para matarlo dos veces, pero no duele, ¿no es así? Atonta, pero no hay dolor.

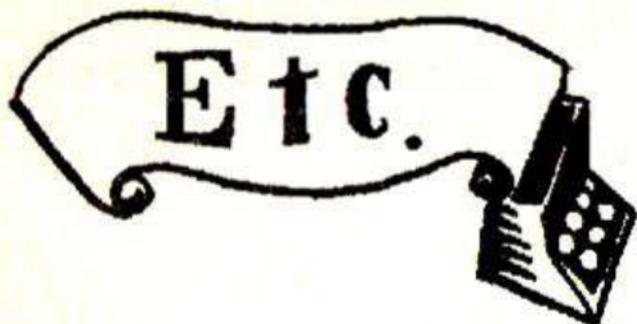
- Ya llegan los muchachos. Sí, para llevarlo. No habrá problemas, nadie lo encontrará jamás. Lo van a llevar al horno del viejo Aparicio y hasta hoy no quedó ni una huella. Llévelo, muchachos, ya está listo.

- Querida, tomá la Parker del tipo, la nena me pidió una buena birome para la escuela.



- Pablo... ¿te acordás que hacíamos una convocatoria?

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Laurie Anderson

El sombrero de mi abuela

Mi abuela estaba siempre hablando sobre el fin del mundo, y tenía una muy clara idea sobre el futuro y sobre cómo el mundo terminaría en llamas como dice en el Libro de las Revelaciones. Cuando yo tenía diez años mi abuela me dijo que el mundo iba a acabarse en un año. Así que pasé el año entero rezando y leyendo la Biblia, y para el fin de ese año estaba lista.

Finalmente el gran día llegó y no pasó absolutamente nada. Sólo un día más. Para entonces mi abuela se hizo misionera y decidió ir a Japón a convertir budistas e informarlos sobre el fin del mundo. Pero ella no hablaba japonés, así que trató de convertirlos con una combinación de gestos, lenguaje de señas e himnos en inglés. Los japoneses no tenían la más pálida idea de lo que ella trataba de decir.

Y recuerdo el día que murió. Estaba sentada en su cuarto de hospital, esperando la muerte. Y estaba muy ansiosa. Parecía un pajarito, posada en la cama, cerca de la ventana. Y no estaba asustada, pero algo sucedió en el último minuto que lo cambió todo. Porque, de repente, en el minuto final, entró en pánico.

Tras toda una vida de rezar y predecir el fin del mundo, entró en pánico. Y entró en pánico porque no podía decidir si llevar o no sombrero. Y así cuando murió, llegó al futuro presa del pánico, sin ninguna idea de lo que vendría después.

(de "The Nerve Bible", 1996)

Traducción de Pablo Crash Solomonoff

W. B. Yeats

La caída de las hojas

Otoño está sobre las grandes hojas
Amadas, sobre el ratón que trilla
Avena, amarillas las hojas de la copa
Arriba nuestro, y las hojas mojadas
De fresal, amarillas. Nos persigue

La hora en que el amor ha de acabar
Y cansadas, gastadas, nuestras almas
Están ahora, vámonos;
Antes que nos olvide la estación pasional
Un beso y una lágrima en su lánguida frente.

(de "Cruce de caminos", 1889)

¿Quién va con Fergus?

¿Quién va ahora con Fergus
a taladrar la oscuridad del bosque
y a bailar sobre la llana costa?

Joven, alza tus rojas cejas;
sirena, alza tus párpados,
y alimenta esperanzas, sin miedo.

Y no te vuelvas más
sobre el misterio amargo
de la muerte: ya Fergus
guía los carros brillantes
y las sombras del bosque,
el blanco seno del profundo mar
y las recién nacidas estrellas.

(de "La Rosa", 1893)

Traducción de Eduardo D'Anna

Anna.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Mercedes Gómez

Ahogada en la pantalla
nado
sin rumbo fijo
hacia mí misma,
en mi propio cuerpo
voraz
de humedades.

Como un instinto olvidado
el temor al vértigo
paraliza a los hombres
y a las mujeres.
Entonces
empieza a actuar
la lengua.

Permanece mi voz,
rondándome,
procurando dictar
lo indecible a mi mano.

Tan muda es mi mano...

Alejandro Schmidt
Necesidad

llega la locura a casa
se pone a coser
a cantar

a mediodía, mi chiquito
le ofrece vino
pescado

mi traje sastre
tu vestido
son para la tarde

la demencia cuidará la casa
los juguetes

para ser felices
-nos dice, caminando por la plaza,
desnuda entre los árboles-
sólo es necesario

"no sentirse lo más importante del mundo".

Corte de luz

esta madrugada
se cortó la luz
en la vereda
hacia el sur
vi un breve resplandor
avisando que
sólo mi barrio
detuvo su presencia

contra el frío
mi vapor de existir
fosforeció un instante
y se perdió muy cerca
en el aire o el puño
de la noche

por un rato
estuve allí
oscuro invisible
como el día.

Julián Sinopoli
Ella fuma diamantes

Ella fuma
diamantes bajo la luna,
ella sube
y se mezcla con las nubes.

Está en todos lados,
es el bosque y es el lago,
es el viento
y las hojas en movimiento.

Es un remolino,
es un susurro en tus oídos,
es la cara del aliado,
es un brujo indio
sentado de cabeza,
es el monte,
es una nube brillante en el horizonte,
soy yo, aquí, escribiendo
y es ustedes ahí, leyendo.

Ella es una nenita de trenzas
que salta a la cuerda y nos cuenta:
"Yo conozco al perdedor que salvó al mundo,
es un viejo vagabundo, igual que nosotros,
roñoso e inmundo,
y va por los bares contando historias."

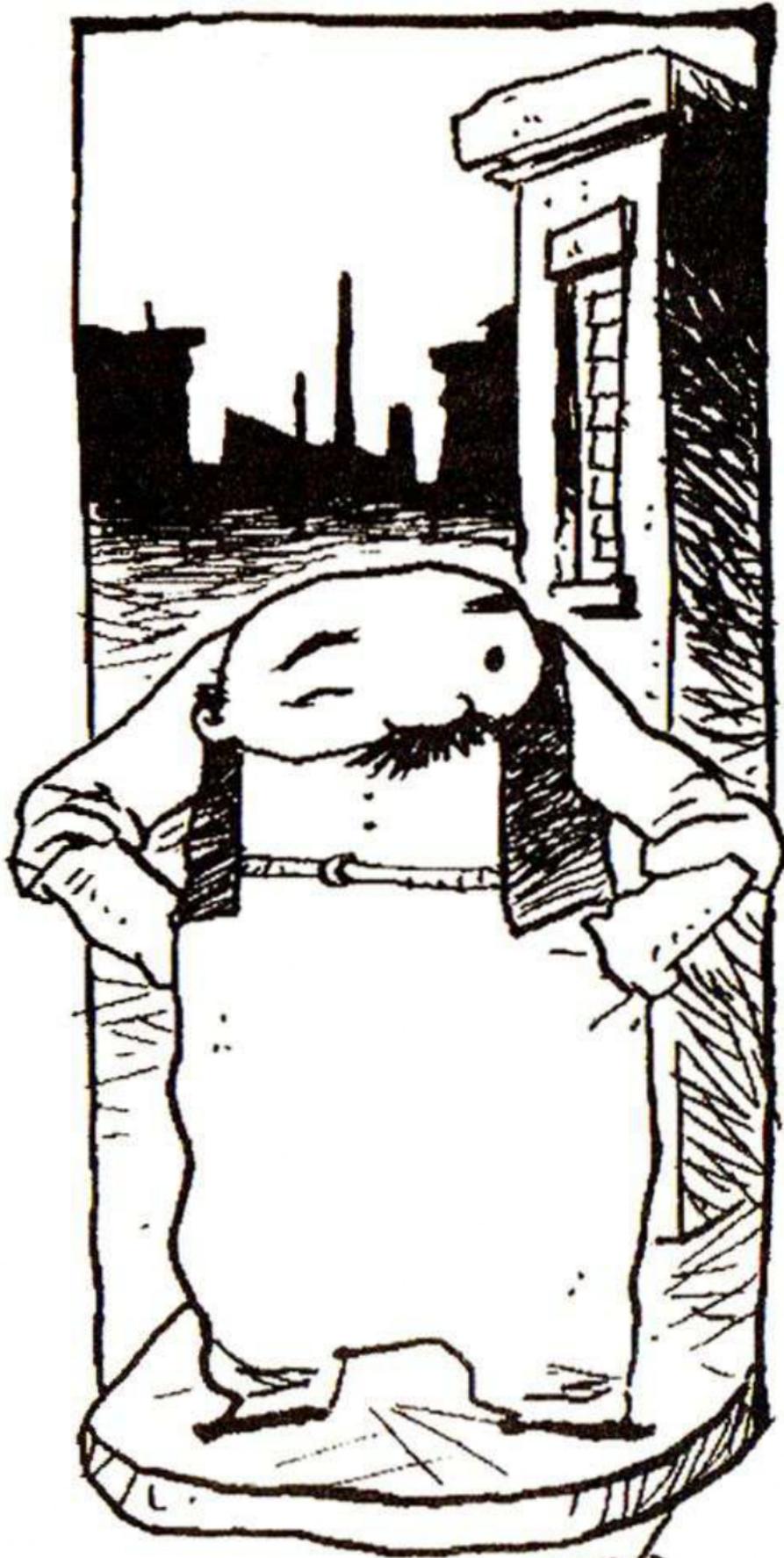


Ilustración: Esteban Tolj

Con los brazos
de tal forma
que parecía
que hubiera perdido
dos sandías,
parado en la esquina
el hombre pensaba,
si valía la pena
cruzar la calle
o quedarse de ese lado
para siempre

Atonal II

Lejos, cada vez más
de lo que se supone debería ser
transcurro mis días
tolerando los sucesos sociales
imaginando días felices.
Si no fuera tan cobarde
sería nómada y salvaje
como los cruzados en la guerra,
los gatos en las terrazas,
y los aviones a chorro.

ANIVERSARIO

EDITORIAL



Fiesta. Jolgorio. lupi, iupi!!!

Así nos sentimos por dentro los que hacemos Viajeros.

Un año atrás esto era tan sólo un proyecto, simple, sin pretensiones; queríamos publicar cuentos y poemas de escritores de Rosario y otros climas. Y se nos hizo muy difícil, casi imposible. Pero llegamos... uf, con nuestra idea bimestral -con el tiempo una intención-, siempre con lo justo, diciéndonos en cada número "¡¡¡hay que cambiar la fecha!!!"

Pero no nos pongamos densos. Simplemente queremos agradecer a todos los que de algún modo participaron en la realización de cada uno de los números de Viajeros: auspiciantes, dibujantes, familias, escritores, amigos, lectores y todos los que de muy buena onda nos ayudaron, ayudan y ayudarán (plis, no se borren).

Che, gracias a todos.

Y amigos... abróchense los cinturones!

MENSAJES

Los poemas publicados en la página 16 fueron enviados por Alejandro Schmidt desde Villa María, Córdoba.

Recibimos el periódico cultural "Nueva Generación", desde Buenos Aires.

Horacio Félix Herrera en su paso por Rosario nos regaló su libro de poemas "Fragmentos del exilio".

"La Mosca Muerta" aterrizó en orillas rosarinas desde Río Cuarto, provincia de Córdoba, junto al suplemento "Poetas del aire".

Revista "Che" del quehacer literario, nos llegó desde La Pampa con un suplemento especial dedicado a John O. Simon.

¡Gracias a todos! Prometemos contestar y seguimos a la espera de más cositas.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

TALLER DE DIBUJO E HISTORIETA

de Esteban Tolj

**APRENDE A
DIBUJAR O
PERFECCIONATE**

BALCARCE 1428
TEL. 381897



adriana osella
estudio de diseño gráfico

J.C.Paz 1257 - Alberdi
Tel/Fax 556390

MultiCopias I M P R E N T A

*Impresiones Offset
Duplicaciones
Librería
Fotocopias
Servicio de FAX
Plastificados
Encuadernaciones
Espiralados
Anillados
Procesado de Master y Chapas
Tarjetería*

Entre Ríos 565
Tel/Fax: 255888 - 2000 Rosario

LIBRERIA VITES



**Compra y Venta
de libros nuevos y usados**

**Sargento Cabral 74
(frente a la aduana)**

Tel: 246616



**Viajeros de
la Underwood
hacen parada en:**

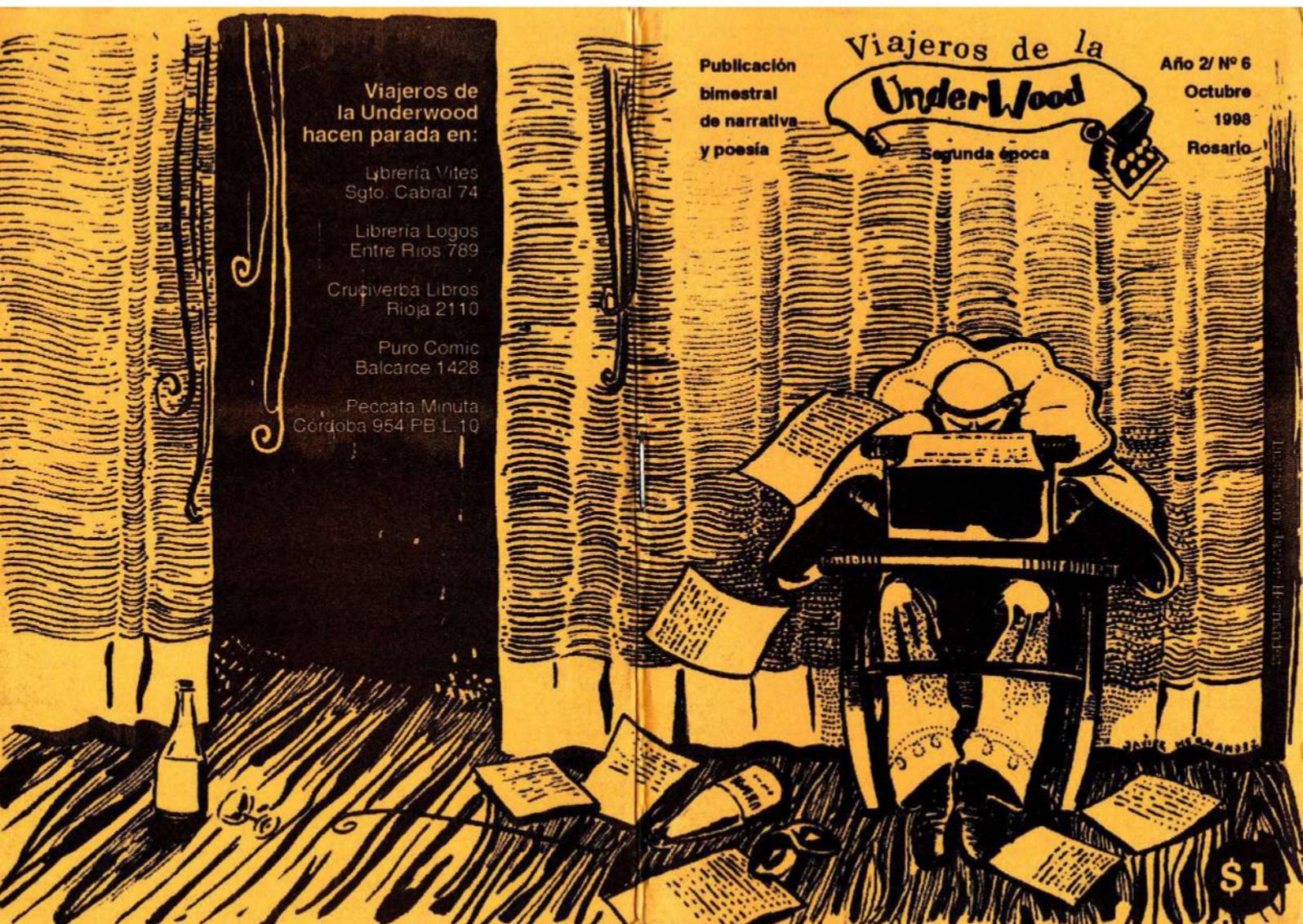
Librería Vites
Sgto. Cabral 74

Librería Logos
Entre Ríos 789

Cruçiverba Libros
Ríoja 2110

Puro Comic
Balcarce 1428

Peccata Minuta
Córdoba 954 PB L.10



Viajeros de la Underwood hacen parada en:

Librería Vites
Sgto. Cabral 74

Librería Logos
Entre Ríos 789

Cruceverba Libros
Ríoja 2110

Puro Comic
Balcázar 1428

Peccata Minuta
Córdoba 954 PB L.10

Publicación
bimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la Underwood

Segunda época

Año 2/ N° 6
Octubre
1998
Rosario

\$1